

CRÍTICA DE LIBROS

TOMÁS PÉREZ VEJO, *España en el debate público mexicano, 1836-1867. Aportaciones para la historia de una nación*, México, El Colegio de México, Escuela Nacional de Antropología e Historia, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 2008, «Ambas orillas», 467 pp. ISBN 9789681213435

Este libro es la historia de una invención. Tomás Pérez Vejo describe a las Españas que imaginaron los mexicanos del siglo XIX para construir a México. Son Españas artificiosas, de leyendas “negra y rosa,” que nos dicen poco sobre la vieja metrópoli, y mucho, en cambio, sobre los constructores de México como nación independiente, que definen a partir de imágenes encontradas de la que fuera la potencia colonial. Así, México sería el hijo emancipado de una madre generosa, o la nación valiente subyugada por un despotismo oscurantista, del que se liberaría después de trescientos años. Al analizar la disputa sobre el lugar y el peso del legado virreinal, el texto revela el debate contencioso sobre lo

qué debía ser el México independiente. Rescata así una contraposición dinámica, pero al final intransigente, entre dos visiones de nación. El autor las caracteriza como antiespañola y liberal la primera; “conservadora” e hispanista la segunda: un México orgullosamente americano, que se reclamaba heredero de Cuauhtémoc y de Hidalgo contra el que se decía descendiente de Cortés y de Iturbide, copartícipe del catolicismo y la latinidad.

España en el debate público mexicano nos refiere los esfuerzos de los hombres públicos del siglo XIX por construir a la nación reinventando su pasado. Es muestra de por qué el libro de Benedict Anderson ha resultado una de las propuestas más fértiles para el estudio del nacionalismo. La historia que explora es la que hacía patria: no es la de los matices, las complejidades y las voluminosas notas a pie de página. Como pintores encargados de retratar a una señorita no particularmente agraciada, los artífices de la nación buscaban menos la veracidad que la armonía en la composición y el dramatismo en el colorido. De ahí que una de las virtudes del libro sea lo divertido de una lectura que rescata descripciones grandilocuentes de episodios calamitosos, cuya interpretación es tantas veces antitética, dependiendo de la pluma del periodista, de la elección del orador patriótico o de lo caldeado de los ánimos del momento. No faltó que estos vistosos cuadros se resquebrajaran con la intromisión del incómodo hecho histórico, de un Miguel Hidalgo que gritó “¡Viva Fernando VII y mueran los gachupines!” (pp. 135-140), o de un Juan Prim, comandante de las tropas intervencionistas en 1861, liberal y casi juarista (pp. 248-259). Pero lo que el texto muestra, sobre todo, es la fascinante vitalidad de estas moralejas patrióticas, cuya resonancia

y persistencia tenían tan poco que ver con su consistencia y solidez histórica.

La polémica que revisa Pérez Vejo es de gran complejidad, por la variedad de formas que asume —del discurso cívico al artículo de opinión— por la amplitud del campo en el que se desarrolla —dentro de la prensa capitalina y provincial, con la intervención frecuente de periódicos cubanos y de Nueva Orleans, y la reproducción de artículos de diarios españoles—, y sobre todo, por lo denso y complicado de las representaciones de lo español. El autor rescata las múltiples aristas de estas barrocas construcciones mentales, distorsionadas por las visiones del pasado, por la forma en que un discurso de razas —“latina” *vs.* “anglosajona”— estructuró los conceptos de historia y civilización, por las tensiones que caracterizaron las relaciones diplomáticas entre los dos países, y por la presencia constante, deformante y deformada, del “gachupín” en la política, la economía y la cultura del México decimonónico.

Si el análisis que hace Pérez Vejo de la España que inventaron los mexicanos es tan ilustrativo del México que pretendían construir es porque la construcción de un “nosotros” es siempre más eficaz cuando puede oponerse a un “ellos”. Si resulta un ejercicio tan sugerente es porque nos obliga a repensar los mecanismos y recursos del nacionalismo, fenómeno prácticamente universal. El autor subraya las particularidades del que fuera “uno de los procesos de construcción de naciones más tempranos, más exitosos y de mayor amplitud de la historia” (p. 11), el de la formación de las naciones en la América española. Quienes ahí llevaron a cabo las luchas por la independencia, y se pusieron al frente de las nuevas naciones, eran los herederos, biológicos y culturales, de

los conquistadores españoles: a diferencia de la experiencia de la descolonización en el siglo xx, o de los nacionalismos etnoculturales del centro de Europa, el “otro” era, “en sentido literal, uno mismo” (p. 10). Por eso la “desespañolización” no se erige de manera inmediata como el dispositivo obvio para “hacer patria.” De ahí que un sector importante de la clase política mexicana no sólo no identificó a la antigua metrópoli como el “otro,” sino que equiparó lo ajeno a lo que era distinto a lo español. *España en el debate público mexicano* nos invita entonces a trabajar en este sentido para revelar las estrategias flexibles e innovadoras de los nacionalistas, no sólo para Hispanoamérica, sino para un Nuevo Mundo en el que, como ha escrito Gérard Bouchard, las sociedades vacilaron “constantemente entre la continuidad y la ruptura, entre su historia lejana y su geografía”.¹

Los límites cronológicos del estudio son 1836, año en que, con el reconocimiento de la independencia por parte de Madrid, las visiones de lo español dejan de estar determinadas por la amenaza de reconquista, y 1867, cuando la intervención tripartita y el imperio de Maximiliano desactivaron “la polémica sobre España y lo español” (p. 41). Para explorar con mayor profundidad un fenómeno de vitalidad sorprendente a lo largo de la historia de México, el libro se centra en las décadas centrales del siglo xix, que es cuando la disputa por definir a la nación fue más acalorada y más implacable. No obstante, se extraña que no se estudien con el mismo detalle los orígenes de una confrontación que el

¹ Gérard BOUCHARD, *Génesis de las naciones y culturas del Nuevo Mundo. Ensayo de historia comparada*, México, Fondo de Cultura Económica, 2003, p. 30.

autor afirma, surge con la independencia. Hace falta una reseña más precisa de la forma en que cristalizaron filias y fobias para que, en 1849, los mexicanos que durante años habían festejado en el mismo mes a “fusilados y fusiladores” (p. 136), se dividieran detrás de, por un lado *El Universal* que condenaba vehementemente el levantamiento capitaneado por Hidalgo, y el *Monitor Republicano*, que calificaría esta crítica de “crimen sin ejemplo”.

Pérez Vejo clasifica esta dinámica de enfrentamiento entre dos proyectos de nación con la oposición “liberal-conservador”. Él sabe que se trata de una dicotomía familiar, y por lo tanto riesgosa, ya que viene aparejado a ella una serie de referentes que no siempre son relevantes a su análisis. Sin embargo, el recurso a la dupla “liberal-conservador” apun-tala una ambiciosa propuesta teórica, que es, a mi modo de ver, la aportación más sugerente del libro, al tiempo que constituye su aspecto más problemático. Para Pérez Vejo, la oposición entre dos proyectos de nación “enfrentados e incompatibles”, “liberal” uno y “conservador”, el otro, se concreta en 1821 —¿o habría que suponer que en 1810?— y tiene algo de esencial. Este antagonismo, nos dice el autor, siguiendo a Claus Offe, tiene tres dimensiones: ideológica, de intereses e identitaria. El texto se centra en este tercer aspecto —el conflicto sobre “qué somos”— tradicionalmente marginado por la historiografía, para explicar “parte de las dinámicas políticas de la modernidad” (p. 23). Muestra cómo es el conflicto identitario el que motiva la “gran virulencia” de la vida pública a mediados del siglo XIX:

Los conflictos en torno a qué tenemos y qué pensamos son negociables, los que giran en torno a qué somos, no. El único fin

posible de una lucha de identidades es la derrota y la desaparición del adversario. En la lógica del discurso nacionalista son posibles proyectos alternativos de organización política, social y económica pero no de construcción nacional. En este sentido, todo proyecto alternativo de construcción nacional es, necesariamente, antinacional.

De esta manera, se arroja luz sobre un elemento ignorado de la cultura política de mediados del siglo XIX, que contribuye a dilucidar una intransigencia que sorprende ahí donde se trata de una clase política relativamente homogénea en cuanto a orígenes socioeconómicos y posturas ideológicas. Se trata sin duda de una aportación importante. Se entiende también que dada la densidad del texto, aislar el elemento identitario del conflicto resulta de la prudencia del buen estudioso, que prefiere apretar a mucho abarcar. Sin embargo, acarrea una serie de problemas. Está, en primer lugar, que la “identidad” resulta a menudo una torpe categoría de análisis,² pues alude, como dice el diccionario, a un “conjunto de rasgos propios de un individuo o de una colectividad que los caracterizan frente a los demás”. Nos refiere entonces a una serie de características fijas, que vinculan pasado, presente y futuro más que a la construcción contenciosa y contingente de un deber ser. Así, sería quizás más útil pensar lo que Pérez Vejo describe como un conflicto sobre lo que somos como una disputa en torno de lo que queremos ser, o de manera más precisa, como una pugna sobre lo que a la minoría rectora conviene que seamos.

² Aquí sigo de cerca a Rogers BRUBAKER y Frederick COOPER, “Beyond Identity”, en *Theory and Society*, 29:1 (feb. 2000), pp. 1-47.

En segundo lugar, el enfoque se antoja estrecho porque reduce la construcción de la nación a la de una “identidad” y un imaginario nacionales. Si bien éste ha constituido un espacio privilegiado para la indagación histórica,³ no representa más que un aspecto de un proceso complejo, y quizás no necesariamente el que más resonara entre las élites de la época. En el mundo hispano, con la crisis de la monarquía católica, la nación, como asiento de la soberanía, se concebiría en primera instancia como comunidad política: el “culto a los ancestros, de todos el más legítimo” al que aludía Ernest Renan no constituyó, para los hombres de la época, el único mecanismo generador de comunidad dentro de una población por demás muy heterogénea. Habría que esperar el triunfo de la República para que la historia patria quedara consagrada como materia dentro de los programas de estudio, y que se promoviera de manera relativamente sistemática una “historia oficial”. Puede citarse que se trata de una cuestión de recursos: los gobiernos del “liberalismo triunfante” dispusieron de los fondos, de la estabilidad y de la legitimidad que les permitieron hacer lo que sus predecesores sólo ambicionaron. Pero si no se retoma el “modelo cívico” de construcción de la nación, no se pueden aquilatar su vitalidad y limitaciones.

Finalmente, centrarse en el elemento identitario nubla nuestra visión porque lo corta de los contenidos ideológico y confrontacional — digamos para resumir “políticos” — de la dupla “liberal-conservador”. Dificulta entonces nuestra

³ No en vano es el texto de Benedict Anderson el más citado dentro de la literatura reciente sobre el tema. Véase John BREUILLY, “Historians and the Nation”, en Peter BURKE (ed.), *History and Historians in the Twentieth Century*, Oxford, Oxford University Press, 2002, pp. 79-80.

apreciación de cómo estas distintas dimensiones se entrelazan. Pérez Vejo muestra con maestría que lo que da forma a las imágenes espejadas de México y España no son los criterios históricos, diplomáticos, económicos o jurídicos, sino la política. No obstante, hacer de estas imágenes fundamento de una “identidad” —por definición monolítica—, inscrita en “imaginarios” insertos dentro de la larga duración, despoja al discurso de su naturaleza estratégica y contingente.

Hace falta entonces rescatar esta articulación, para ponderar la forma en que las exigencias políticas crearon o destruyeron tramas y héroes, e impusieron a veces bandazos como el que dio Agustín de Iturbide entre el Plan de Iguala —que cantaba las alabanzas de la Madre Patria, “la nación más católica y piadosa, heroica y magnánima” — y el Acta de independencia del imperio mexicano —que clamaba contra los 300 años de “opresión”. Conuerdo con Pérez Vejo que la historia política debe reflexionar en torno de “los procesos de construcción de imaginarios colectivos”. *España en el debate público mexicano* pone de manifiesto lo enriquecedor que puede ser el ejercicio. Sin embargo, creo que habría que insistir en la naturaleza profundamente política de un discurso por medio del cual se pretendía crear comunidad, y dejar a algunos fuera, y que está por lo tanto, sometido a los ritmos y exigencias de la lucha por el poder.

Erika Pani

El Colegio de México